

Círculo Rojo

El elfo de Wellindor

Saga de Cespiu: El imperio Tronin

El elfo de Wellindor

Saga de Cespiu: El imperio Tronin

Sergio Santana Sáez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2018
Segunda edición: enero 2020

Depósito legal: AL 72-2020

ISBN: 978-84-1350-117-8
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sergio Santana Sáez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Portada: Juanma Martín Rivas
© Contraportada: Dany Drawing

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Quiero dedicar este libro a todos los que recibieron de buen grado el Elfo de Wellindor y me animaron a seguir adelante, mi familia, en especial a mi hermano David, los miembros del Dado Dorado, mis excompañeros de trabajo, los compañeros de Area pulp y mis amigos, dos de los cuales han hecho posibles las bases de la Saga de Cespiu, Allandor y Irian.

El elfo de Wellindor


Wellindor
Río Well
Wellfronter
Bosque Gris
Monte
Runor
Ergaras
Paso de Runor
Río Gris
Desembarco
Shel-Hut
Wrinor
Castillo
Cabo del
Sur

Capítulo 1

Al Sur de la capital del reino humano, Wellindor, separadas por un río, se encontraba la ciudad de Wellfronter, dominada en una primaveral mañana por el ruido de las armas al ser afiladas, los pasos de las patrullas de soldados y acariciada por un viento soportable.

Muy pocos edificios se mantenían en pie, con algunas casas en ruinas, tras una cruenta guerra, solo las piedras de dichas edificaciones hundidas resguardaban a la población de sus enemigos en una ciudad sin murallas, pero en plena actividad y trajín vigilada por hombres, desaliñados en indumentaria y cabellos, con armaduras un tanto oxidadas, algunos con cotas de malla, empuñando lanzas, o espadas mediante guantes de cuero en sus manos.

La actividad era frenética, y los soldados que no estaban de servicio se entrenaban disparando con sus arcos contra blancos para afinar la puntería y en el combate, mientras unos pocos más se mantenían en una taberna sin consumir alcohol respetando la prohibición de no beberlo durante el día.

A eso del mediodía se produjo el cotidiano cambio de guardia, siendo elfos de puntiagudas orejas, de ambos sexos, quienes se ocupaban de dicha tarea ataviados con armaduras poco pesadas con el dibujo de una hoja en las hombreras y el yelmo. Dicha raza estaba acostumbrada a todo tipo de temperaturas, mientras los

humanos preferían el calor posterior a las primeras horas frescas del día.

El final de la calma reinante, con un sol cegador para ambas razas por igual, se produjo cuando un humano ordenó a un elfo que abandonase su torre estratégica de vigilancia, construida tras las ruinas para tal menester, para llevar un mensaje a un Comandante al interior de la ciudad siendo interceptado su paso por los guardias de la casa donde se encontraban los oficiales.

—¡Alto, quieto ahí, los comandantes están reunidos, no puede pasar nadie!

—Tengo que entrar, es urgente, soy portador de importantes noticias.

Tras vacilar unos segundos, el guardián le indicó el camino con su lanza y el mensajero entró en la estancia donde mantenían una animada conversación la mayoría de militares.

—Los shel-hut se han puesto en movimiento.

La interrupción puso en guardia a uno de los comandantes de elevada estatura, cabello rojizo, y ojos azules, con una armadura sin yelmo mostrando su rostro.

—¡Explícame cuál es la situación!

—Estaban reagrupándose en el bosque y han emprendido el camino.

—Bien, no tardarán en llegar, vuelve a tu ubicación y que se preparen los arqueros —le comentó al soldado para dirigirse a continuación a un militar humano curtido su rostro con cicatrices, con barba y pelo canoso vestido con una brillante armadura de color negro—. ¡Ves hacia la otra punta de la ciudad!

—¿Hacia el Sur?

—Exacto.

Ambos militares sustentaban el mismo rango y al salir del edifico impartieron las pertinentes órdenes de combate a las tropas, con la peculiaridad de que a elfos, o humanos, solo les agradaba que fuera uno de su raza quién se las diera.

—¡Nos vemos en la primera línea, Skelindor!

—¡O en el más allá, Kambell —fue la respuesta de su amigo palmeándole la espalda con la diestra.

….

Las movilizaciones al sur de la ciudad no se hicieron esperar en la zona señalada de la ciudad formándose una primera línea de arqueros apostados en lo más alto de los edificios que se conservaban en pie, o los pedruscos más elevados y otra de hombres con escudo y lanzas subidos sobre los montículos de las ruinas para saltar sobre los enemigos que sobrevivieran a las flechas.

—¡Disparad en cuanto los tengáis a una distancia ideal—ordenó Skelindor.

—¿Y si salgo con mis jinetes por el norte de la ciudad y los ataco por la retaguardia?

—De acuerdo, muy buena idea, Kambell, hazlo, no perdamos más tiempo en charla

—Eres mucho más mayor que yo, pero aún tienes que aprender algunas cosas.

Durante años los elfos se habían especializado en el combate a pie, como si fueran una infantería, desde diferentes distancias, y los humanos eran expertos jinetes.

Skelindor reaccionó en silencio a las palabras de su amigo, al no haber caído en ello, y lo asumió como una lección importante. A pesar de algunas reticencias el comandante era respetado por ambas razas por su sinceridad y ser el primero en lanzarse a combatir dando ejemplo haciendo de guía de sus guerreros.

....

Al mando de Kambell la caballería partió para tomar posiciones en pos de los shel-hut, unas criaturas semejantes a los humanos pero de rostro verdoso, la piel variable en su tonalidad en cada uno de ellos, temibles colmillos y de amplia musculatura, con armaduras más hoscas que las de humanos y elfos componiéndose de cuero, alguna pieza de metal y otras armas como mazas y hachas, y alguna espada.

En la ciudad, entre las ruinas, arqueros y el resto de la tropa, al mando del elfo, esperaban el momento para iniciar el combate, pero Skelindor y los suyos se vieron sorprendidos por un ataque de sus enemigos por la retaguardia causando bajas importantes en los primeros momentos.

El comandante desenvainó su espada dirigiendo sus pasos hacia sus contrincantes, al tiempo que ordenaba a la primera fila de su tropa que se mantuviera en su posición.

Bastantes shel-hut recibieron a su enemigo. Éste, experto en estas lides, adivinaba en seguida los movimientos de los atacantes, y esquivando los golpes asestaba estocadas certeras matándolos.

De algún modo la estrategia del enemigo funcionaba y mientras se combatía en la retaguardia el resto de criaturas surgió del bosque para enfrentarse a la primera línea de defensores de la ciudad. Los arqueros dieron buena cuenta de ellos, pero no acabaron con todos. El comandante elfo, una vez controlada la situa-

ción, dirigió sus pasos al lugar donde sus hombres comenzaban a retroceder en manos de unos atacantes de color blanco capaces de curar sus heridas al instante por lo que lo mejor era cortarles la cabeza, o más bien esa era la forma de eliminarles. Esa fue la causa de que guerreros de la primera fila murieran al creer que sus enemigos fallecían al herirles mortalmente. Tan solo los más veteranos conocían dicha estrategia y supieron vencer a unos cuantos de sus rivales.

Varias oleadas de jinetes lideradas por Kambell penetró en la ciudad avanzando hacia el interior.

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Kambell

—Nos atacaron por detrás, señor—respondió un lancero.

—Ocupémonos de eliminar primero estos de nuestro lado, luego ayudaremos a los que cubren la retaguardia.

….

La llegada de los jinetes no entusiasmó a la infantería como en otras ocasiones, así que tuvo que ser su comandante el que les siguiera animando.

Su valor y arrojo hizo mella en los guerreros retomando el combate con brío haciendo retroceder a sus atacantes. Skelindor distinguió a un enemigo sobre el primer piso de un edificio en ruinas. Era un brujo shel-hut, el cual había sido el culpable del abatimiento de sus hombres con sus malas artes, y fue él mismo el que se lanzó contra él a pesar de la magia con la que podía ser repelido.

El brujo al verle se dispuso a lanzarle un conjuro por lo que al elfo no le quedaba mucho tiempo para enfrentarlo. Le atacó alzando su espada con las dos manos y su enemigo también levantó la suya dispuesto a repeler la embestida.

—¡Mierda, es demasiado tarde, esto es el fin.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras una lanza empuñada por Kambell se clavó en la espalda del enemigo haciendo que vomitara sangre en vez de las palabras mágicas deseadas.

—¡Gracias, Kambell. Ha estado cerca, no sé lo que ese tipo hubiera dicho contra mí.

—¿Qué ha pasado con los que aún entran por el sur?

—Todo bajo control, apenas queda ninguno en pie.

—Por aquí estamos empezando a controlar la situación me da la sensación de que los hombres están más motivados ahora parecen oler la victoria.

—Por si no os disteis cuenta son menos de lo que aparentaban ser.

La magia del brujo había hecho estragos en un principio del ataque y confundido a la tropa y al mismo comandante elfo en cuestión del letargo temporal detectado. El cambio de situación les demostró que podían vencer a los shel-hut y así lo fueron haciendo.

—¿Y ese qué está haciendo?— preguntó el comandante en voz alta.

Otra criatura enemiga apareció de la nada sobre unas ruinas. No se distinguía su rostro, pero si unas enormes garras con las que elaboró unos cuantos hechizos haciendo desaparecer del suelo a los enemigos abatidos.

—No lo sé, pero no pinta nada bien ¡Tenemos que eliminarlo!

—Sois demasiado lentos, nos volveremos a ver y a ellos también no tardarás en volver a verlos.

Las palabras de desprecio y despedida del brujo fueron seguidas de un extraño gesto antes de desaparecer. Uno de los soldados subió a la azotea y solo encontró un espejo apoyado en la pared, el cual rompió de una patada.

—No hay nada aquí—gritó.

—Ese mal nacido, a saber que hará con los muertos. Bastante tenemos ya con haberlos matado .

Skelindor tras escuchar a su amigo contempló una vez más el campo de batalla y sus palabras fueron más tristes que nunca.

—¿Cuándo acabarán estas malditas guerras? Llevamos años así batalla tras batalla.

—¿Quién sabe? , pero nuestra labor no es estar siempre repeliendo ataques, tendremos que ser quienes demos el próximo golpe antes de que todo empeore.

Las palabras de Kambell sumieron al comandante elfo en una serie de pensamientos breves.

"Atacar a los shel-hut en el castillo de Ignus en el centro de la isla es en principio una locura. Se la arrebataron a mi pueblo y se hicieron dueños de ella. Las murallas son como rocas, es una fortaleza inmensa rodeada de altas montañas, sólo por la entrada principal se podría atacar, pero por ahí son un blanco fácil."

—La clave esta en el castillo Shel, debemos tomar ese castillo y el curso de la guerra cambiará.

—Esa fortaleza era de mi pueblo, amigo, tal vez en la biblioteca de Wrinor encuentre algo sobre ella, y podamos tener indicaciones correctas para tal empresa. Mañana iré a la ciudad de Wellindor y hablaré con el Regente para que me deje ir a Wrinor

—Te necesitamos aquí por ahora, hay que mejorar las defensas. Siento decírtelo, ya se que tienes ganas de regresar con los tuyos, pero por ahora no puede ser.

Capítulo 2

Al día siguiente, tras la batalla, la ciudad era un torbellino de trabajo. Se crearon algunas murallas con las piedras de las ruinas dejando orificios a través de los cuales los arqueros pudieran disparar a sus enemigos y repeler agresiones con las lanzas.

Skelindor y Kambell conversaron y planificaron nuevas defensas. Fosos en las entradas, aunque solo pudieron construir uno, derramar aceite hirviendo desde la segunda entrada y en la siguiente elevar una nueva empalizada.

Los dos militares acabaron de elaborar su estrategia y prefirieron dedicar la noche a otros asuntos, ya fuera pasear, o beber. El humano era más partidario de esto, siendo un consumidor nato de cerveza, a la que el elfo se había acostumbrado, aunque prefería el vino.

El elfo le daba vueltas en su mente a lo ocurrido con el segundo brujo, o hechicero y reconocía que le parecía más un elfo que de la raza de sus enemigos.

Ya al anochecer el comandante se tumbó en lo alto de una terraza y pensó en cómo había empezado todo, y como era que humanos y elfos eran aliados y convivían.

Eso le obligó a remontarse a su propia historia y a la de su gente.

....

Skelindor pertenecía a la importante familia de Brightsun, una familia de la casa de Wrinor, con más de cuatro mil años de residencia en la isla. Los humanos hicieron acto de presencia tres mil años atrás, mil años después de la llegada de los elfos a la isla.

En el 7.444 de la quinta edad, los elfos del Océano, una Casa de la estirpe de marineros desembarcaron y construyeron su asentamiento en Ergaras, aprovechando edificaciones ya levantadas. Un siglo después de pisar la isla quisieron expulsar a los humanos de ella recibiendo como respuesta una extrema y brutal violencia.

A la edad de ciento veintisiete años, Skelindor, no participó en esa guerra. Su padre, Gindor no quería que ningún hijo suyo fuese enterrado antes que él siendo quien entró en combate falleciendo en la defensa de castillo Ignus.

33 años duró la guerra a base de pequeñas escaramuzas sin atreverse ninguno de los dos bandos a atacar la ciudad de sus enemigos y tras los enfrentamientos había un cierto tiempo de paz. En uno de ellos el rey de los humanos, Gerial, junto con su hermano Gerardo, organizó en el llamado Bosque Gris una reunión con responsables del pueblo Elfo tales como el almirante Arason y el rey Parald, partidario de la paz, el cual accedió de inmediato, a pesar de las protestas del almirante que llegó forzado al acuerdo.

En la repartición de territorios los humanos se quedaron El Bosque Gris y las tierras del Norte y Wrinor conservaría el castillo, las tierras del Oeste del río, renunciando a la Aldea Siniestra, mientras que los elfos del Océano se quedaron las el bosque del Este y las tierras del Sur pasaron a ser comunitarias, o tierra de nadie. El almirante elfo decidió partir con sus navíos abandonando la nueva alianza.

Skelindor, asistió a dicha reunión con su hermana Skendura haciéndose amigo de Gerial, el cual les invitó a vivir una temporada en Wellindor una vez abiertas las fronteras.

El elfo se quedó tres años en Wellindor, amaba el estilo de vida de la ciudad y su arquitectura y disfrutaba con los entrenamientos de combate con lanzas, un típico deporte de sus amigos. Al regresar a Wrinor transcurrieron catorce años en paz, pero en la costa Este los ataques de los shel-hut eran continuos y se temía que llegaran hasta sus territorios iniciándose una nueva guerra, pues no tardó en ser tomada la aldea portuaria ante un extraño desembarco de las criaturas.

Desde ese momento el avance de los shel-hut prosiguió, saquearon el reino de los elfos del mar y asaltaron el bosque gris.

Cerca de medio siglo duró la guerra en la cual Skelindor si participó. Tomó el rango de capitán y defendió los bosques de Wrinor durante años siendo asesinada su hermana en uno de los largos asedios.

Tras tan triste suceso Skelindor solicitó partir al exterior del río y dirigirse a las tierras de los shel-hut para combatirlos en su terreno.

No se le consintieron misiones suicidas pero fue enviado a varias misiones con Gerial y Kambell a los cuales juró lealtad.

Ya a tan solo quince años del presente la batalla del monte Runor, fue decisiva para el fin de la guerra.

El príncipe Cirald dirigía sus tropas hacia el paso de Runor para reunirse con Kambell y hacerse con Ergaras, pero antes en el monte fueron sitiados por un ejército enemigo numeroso, con una superioridad de diez contra uno. Aún así la pericia en la estrategia de Cirald les permitió aguantar la lucha durante cuatro días hasta la llegada del humano desde el Norte.

Los combates continuaron, fueron muertos varios capitanes de la raza contrincante, pero eso no les detuvo.

Cirard retó al Shel—lot, de unos dos metros de estatura que había matado a Gerardo, cuando Kambell combatía contra él, siendo Cirard el que eliminó al gigante.

Skelindor pudo sentirse feliz aquel día ya que el ejército enemigo se batió en retirada y él regresó a Wrinor disfrutando de siete años de paz hasta que de nuevo los shel-hut regresaron siendo avistados cerca de Ignus, lo cual obligó a Gerial a convocarle y nombrarle Comandante.

Fue el tiempo de la segunda guerra contra aquellas inhóspitas criaturas. Parald envió una compañía de elfos para ayudar a los humanos que se encontraban más cerda del territorio enemigo. En las trifulcas, a los ochenta y seis años de edad murió Gerial, siendo sustituido en el trono por su hijo Hagóretes. Desde entonces los shel-hut les fueron ganando terreno.

De repente, Skelindor abandonó sus recuerdos más belicosos con una cierta añoranza de su ciudad natal. En la actualidad, a sus doscientos cincuenta y tres años de edad, hacía mucho tiempo que no regresaba a su hogar. Wellindor, en la costa Oeste, con un bosque en su interior, volvió a su mente como el paraíso que era protegida por los árboles por los que podían caminar sin pisar el suelo y unos edificios recubiertos de hiedra y otras plantas. Una ciudad verde y marrón y su casa repleta de trinos de las aves y con una bóveda verdosa como cielo.

Los pensamientos dieron paso de inmediato a un sopor que le dejó dormido en la azotea semiderruida de la ciudad humana con el cielo como manto.

Capítulo 3

A eso de las ocho de la mañana, según pudo calcular al observar la altura del sol, le despertó el trajín de la ciudad. Poco a poco fue incorporándose con un ligero dolor de cabeza. Supuso que ya estarían construyendo la empalizada y dirigió sus pasos hacia el Sur donde algunos soldados, los menos abatidos por la muerte de sus compañeros en el campo de batalla, ya salían en dirección al bosque a por madera.

Tras observarlos durante unos minutos una idea se forjó en su mente. Corrió hacia los establos y montó raudo en un caballo, armado solo con su espada, al cruzarse con un elfo vestido con una capa azul y capucha se dirigió a él en su idioma.

—Avisa a Kambell que me dirijo al bosque a asegurarme de que no nos topemos con más sorpresas.

—¡A sus órdenes comandante!

Una vez ya en el interior del bosque, Skelindor lo recorrió para cerciorarse que no había enemigos, llegó a la zona en que se estaba recogiendo leña y durante unos momentos se sintió reconfortado entre árboles y naturaleza, pero desistió de dicha añoranza para regresar a la ciudad en la que le sorprendió ver un bullicio exagerado extraño a dichas horas.

Las tropas se reagrupaban y estaban preparándose para el combate. Dirigió sus pasos a la armería bastante sorprendido.

—¿Soldado que está ocurriendo?

—Nuestros enemigos están rodeando la ciudad de Wellindor, necesitan ayuda.

—¿Cómo? ¿Donde está Kambell?

—En el establo ayudando a preparar los caballos, creo.

A pesar de que no había mucho tiempo para reflexionar al comandante le pareció raro que atacaran la capital sin haberles vencidos a ellos en la ciudad.

Al llegar a los establos se encontró con Kambell, ataviado con su armadura negra de combate, sacando monturas con habilidad y destreza a sus cuarenta y tres años para sus soldados.

—¿Han atacado Wellindor?

— Es lo que nos ha dicho el mensajero y nos han solicitado ayuda.

Tras decir esto montó sobre su caballo ocultando su rostro con el yelmo.

—Skelindor ves a por tu armadura, los leñadores defenderán la ciudad.

Tras dejar el caballo al cuidado del humano se dirigió rápido a su pequeño, y semiderruído, habitáculo, se equipó su brillante armadura, que le dejaba el rostro al descubierto, cogiendo sus armas. La bella espada con una empuñadura en forma de cruz de tonos dorados, bien afilada, y la daga que colocó en su cintura entre el cinturón, del que pendían una tela de color rojo y otra verde.

Una vez equipado se reunió con el resto de los guerreros elfos en la plaza donde sabía que le esperaba Kambell.

Atravesaron de inmediato el puente situado al Norte, Wellindor quedaba a una media hora de camino, seguidos de trescientos sesenta jinetes quedando unos treinta defensores en la ciudad.

…..

Muy cerca de la capital, desde lo alto de una colina, el ejército aliado observó el acercamiento de unas torres de asedio a las murallas de piedra y como disparaban contra ellas desde catapultas.

Wellindor era una ciudad rodeada por altas torres, que también se repartían en su interior y los shel-hut nunca se habían acercado tanto a ella.

—¡Wellindor no sucumbirá hoy a esos engendros, amigo!

—Ni hoy, ni nunca, Skelindor, ya me conoces.

Skelindor sonrió, sentía una gran admiración por Kambell y conocía cómo le respetaban sus hombres. Así que tras la breve conversación desenvainaron sus armas cargando contra los artilleros de las catapultas con toda su tropa.

El combate comenzó de inmediato. Los enemigos empuñaron lanzas para enfrentar a los jinetes y estos dejaron paso a la infantería de elfos mientras los arqueros abatían contrincantes.

A pesar de esta primera victoria, hicieron acto de presencia los temibles shel-hut de piel blanca y otros de diminuto tamaño con garras que era la primera vez que aparecían en combate.

Un elfo y un humano atacaron a una de ellas. La criatura clavó sus garras en el hombre esquivando un ataque y cuando el elfo iba a decapitarle otra de ellas se lanzó contra él devorándole.

Arqueros y jinetes eliminaron a unas cuantas más en plena batalla y Skelindor se dio cuenta de la velocidad en el combate cuerpo a cuerpo de los nuevos enemigos.

El comandante desmontó de su caballo y esquivando varios golpes mató a una de ellas al cortarle la cabeza, una segunda se lanzó contra él y tuvo que agacharse y dar dos vueltas para evitar cualquier golpe mortal.

Al incorporarse le cortó las garras y lo decapitó, haciendo lo mismo con un tercer enemigo al que se enfrentó repleto de rabia.

Mientras tanto, algunos jinetes eran derribados de los caballos a raíz de los prodigiosos saltos de dichas criaturas. Por dicho motivo, tenían que ensartarles con las lanzas antes de que consiguieran su objetivo.

Kambell lo volvió a hacer con otro más de los enemigos y cabalgó en dirección de quienes luchaban pie en tierra saltando sobre una los nuevos shel-hut al cual cogió de sorpresa y consiguió atravesarle a la altura de lo que podía ser su pecho salvando a uno de sus soldados.

Sin tiempo de descanso paró a su izquierda con su escudo un ataque de otro enemigo y le rajó la cintura con un golpe seco.

En el interior de la ciudad la llegada de las tropas de Wellfronter les daban un cierto respiro. Pero todavía quedaba llegar a las torres de asedio. Skelindor y Kambell reagruparon a sus tropas y aprovecharon el sol a sus espaldas para cegar a sus adversarios.

Una parte de la caballería se adelantó a la infantería, mientras que Skelindor y Kambell se detuvieron ante una figura desconocida, la cual usaba como pedestal una roca.

Tenía el rostro al descubierto cubierto de cicatrices, orejas puntiagudas, y el cabello y la cara más oscuras que Skelindor y

un ligero parecido al hechicero de Wellfronter, siendo más alto que un enano, pero no tanto como un elfo. La criatura, vestida con una imponente y coloreada armadura, les miró con su espada envainada y un hacha colgando a la altura de su espalda.

Capítulo 4

Empuñando una espada corta, algo más gruesa que la de sus enemigos, descendió de la roca de un salto y abatió a un elfo al clavarle su arma en la cabeza y caminó hacia los dos aliados.

Los azulados ojos de aquel ser les miraron al tiempo que ellos con cautela avanzaron hacia él empuñando sus armas con firmeza.

—Vaya, vaya, no esperaba que nuestro encuentro fuese de esta forma. Aunque no tendría que sorprenderme.

—¿Qué eres? ¿Qué son estas criaturas?—Pregunto Kambell.

—¿No me he presentado? Lo siento, me llamo Zel-arion.

—Es un elfo oscuro— Indicó Skelindor.

—¿Un elfo oscuro? Había oído hablar de elfos aficionados a las cuevas, pero creí que era un mito.

—Si os preguntáis que son estas criaturas, los llamamos trasgos. Y ahora si no os importa, tenemos que retirarnos, con las catapultas destruidas y las torres de asedio alcanzadas tenemos la batalla perdida. Me hubiera gustado poder observar vuestro poder, pero tengo prisa, así que si me disculpáis…

El elfo agitó ambas manos indicando a sus tropas la señal de replegarse. Pero temiendo una treta Skelindor avanzó hacia él.

—¡Alto ahí! ¿Dices que habéis perdido la batalla?, pero has hecho algo encima de esa roca, ¿qué estás tramando?

—Pronto lo veréis.

La criatura se dio media vuelta. Kambell fue más rápido de lo previsto y se interpuso en su camino.

—Por lo que he visto, tú estas al mando, a si que si te derrotamos, tendremos la victoria en la palma de la mano y pondremos fin a la guerra.

Dicho esto atacó con su espada al elfo oscuro con un golpe en dirección a la cabeza.

—¡Vaya!, ¿has deducido tu solito?, ¡qué inteligente!

Tras el tono burlón de sus palabras el elfo entró en combate, levantó su espada y detuvo el acero de su enemigo librándose de una certera muerte.

Skelindor, al ver como su amigo peleaba con su contrincante no se lo pensó ni un segundo más y con un rugido salvaje acudió a apoyar a Kambel, siendo detenido por el ataque de un trasgo delante suyo y un intento de placaje por parte de otro al cual esquivó de un salto hundiéndole la espada en la cara.

Skelindor, se dio cuenta que no podía comunicarse con sus soldados para luchar contra estos trasgos ya que libraban en esos momentos sus propios combates.

El primer trasgo le observó unos segundos mientras Kambell en círculos, arcos y de arriba abajo, movía su arma que era detenida con habilidad por el elfo oscuro. Con su espada Zel-arion ata-

jó la del humano con un movimiento a su derecha a su derecha, la movió hacia arriba, atrapó el escudo y lo destrozó.

Kambell era una víctima propicia y ya solo tenía que atravesarlo con su arma, pero en el último momento del preciso ataque fintó a la derecha, esquivó la hoja, movió su espada a media altura consiguiendo herir al elfo en un costado en la zona no protegida por la armadura. Fue una herida peligrosa, y no mortal, y el comandante comprendió que su enemigo no sentía dolor alguno.

—Estas de suerte, humano, aunque no volverá a pasar.

El elfo recuperó su arma, con destreza, y con varios movimientos seguidos golpeó la de Kambell hasta conseguir que se desprendiera de su mano ante la mirada asustada de Skelindor a su vez rodeado de enemigo entre trasgos y loas criaturas de color blanco. Aún así pudo evitar a uno de ellos, alzar su arma y cortarle la cabeza para a continuación extraer su daga y lanzarla contra otro.

El elfo oscuro demostró ser un luchador con grandes reflejos y tirándose hacia atrás evitó la daga mientras Kambell extraía la suya delante con la intención de apuñalarlo, pero Zel-arion reincorporándose le dio una patada en la barriga alejándolo unos pasos, lo que le permitió envainar su espada y coger su hacha con las dos manos y golpeó con fiereza a su enemigo a la altura de las costillas rompiendo la armadura y haciendo contacto con el cuerpo.

—¡Kambell! —Gritó el elfo empujando a un trasgo a un lado y dando un corte en la cara a otro que se interpuso en su camino.

El elfo oscuro estaba tan solo a unos metros enfrente de él, el camino estaba despejado el camino despejado, así que no dudó en enfrentarse a él. Emitiendo un grito de guerra el comandante se dirigió hacia él, ambas espadas chocaron varias veces formando cruces entre ellas aumentando la rabia de Skelindor a cada golpe.

Varios soldados vieron como su comandante hacía retroceder al elfo oscuro hacia las rocas y le obligó a subirse a ellas, pero desde lo alto le atacó a su brazo derecho haciéndole un corte y que perdiera el brazal protector.

Con un corte en vertical la espalda del comandante fue dirigida a la cabeza del elfo oscuro, este detuvo el golpe, atacó a una de las piernas de su enemigo que también supo como contrarrestar la estocada.

Zel-larion comprendió que Skelindor era más rápido que Kambell, pero tal cuestión no le preocupaba en demasía. Desde lo alto de una roca abrió la palma de su mano derecha lanzó un haz de energía maldita a su enemigo. La armadura neutralizó el efecto de la magia evitando la muerte, pero quedó destrozada.

El comandante se incorporó atontado bajo los efectos del rayo gracias a apoyar su espada en el suelo.

—Lo siento elfo, tengo prisa, por esta vez te dejo con vida, pero volveremos a vernos y correrás la misma suerte que tu amigo.

Zel-larion extrajo de sus ropajes una bola de arena con la dejó aturdido al comandante el tiempo preciso para desaparecer.

Cuando volvió a recobrar la vista el brujo ya no estaba y corrió hacia Kambell cuya vida había expirado al ser destrozada por el hacha la espalda y herirle de muerte en corazón.

—¡Te vengaré, amigo!

Esas fueron sus únicas palabras mientras lloraba arrodillado sin el yelmo protector sobre su cuerpo.

Unos cuantos minutos después miró a su alrededor el suelo sembrado de cuerpos de trasgos, soldados y shel-hut mientras la batalla disminuía y comenzaron ya solo a escucharse las quejas y demandas de auxilio de los heridos.

Una vez envainada su espada ordenó a los que quedaban vivos que se hicieran cargo de ellos y de los muertos, recogió el cuerpo de Kambell y se dirigió a la ciudad con los defensores de Wellfronter, atravesando las murallas, para que allí fuera enterrado su amigo.

Mientras caminaban Skelindor comprobó que las murallas no eran muy altas, a diferencia de las torres, por lo que más adelante tendrían que solucionar ese problema. El comandante dio orden de atender a los heridos y de enterrar a su amigo y al resto de muertos en el combate en el cementerio de la ciudad. Fueron cuarenta y siete las fosas cavadas por el fallecimiento de cuarenta y un guerreros y seis ciudadanos, a Kambell se le rindió un sentido y cariñoso homenaje quedando la construcción de las lápidas, tras el funeral en manos de los monjes.

Los soldados rompieron filas hasta nueva orden. Exhausto, cansado y hambriento el comandante elfo se sentó entre varias columnas antes de visitar al regente humano al que no quería molestar con más retraso, pero un soldado le avisó que hasta el día siguiente no sería recibido al encontrarse el amo de la ciudad descansando.

Al recibir la noticia se dirigió a una posada en la cual pernoctó.

Capítulo 5

Skelindor se despertó al mediodía de un lunes de principios de abril.

—Mierda, llegó tarde, además no tengo el ropaje adecuado.

El elfo se habría puesto la armadura, pero le faltaba un brazalete y el peto, dado lo cual no podía colocarse el peto dejándolo casi todo la en la posada. Lo único que llevaba era el brazal izquierdo, grebas en los pies, la espada atada a la cintura, un gambesón élfico, de textura más fina que la de los humanos de color marrón y las botas del mismo color.

Lo primero que hizo fue reunirse con los soldados de ambas razas de su ejército tras haber pasado la noche en el cuartel o con sus familias, algunos de los cuales aún no habían vuelto de sus hogares, como era natural entender para el elfo.

Les ordenó descansar, pero estar preparados para partir por si el regente quería que regresaran a Wellindor. No hubo ningún recelo por parte de los humanos. Skelindor ya dejaba demostraba su valía de manera indomable.

…..

La rojiza melena del comandante se movía al vaivén de sus pasos por la ciudad, apoyando la mano en la espada y sin atender

a ningún a la ciudadanía, la cual mostraba una ligera calma tras el ataque del día anterior, pero se les notaba preocupados. Algo que sus rostros mostraban.

Minutos después una mujer apareció por detrás de Skelindor y le dio una fuerte pero cariñosa palmada en su hombro.

—¡Cuánto tiempo sin verte, pensaba que te habías olvidado de mí.

Skelindor se giró enseguida y observó a una bella mujer bastante alta, de pelo moreno, ojos verdes, hermoso y bello rostro, vestía con una armadura como la de los soldados de Wellindor, dejando entrever un generoso escote.

—Heleria, ¡eres tú!, me alegro de verte, pero no hacía falta que me dieras el golpe en la espalda.

Saludar a la mujer alivió por unos instantes el recuerdo y el dolor por Kambell. La última vez que la había visto fue dos meses atrás cuando sus terribles enemigos atacaron Villa Siniestra, el pueblo natal de Heleria.

—Siento no haberte visitado, estaba ocupado reforzando las defensas de Wellfronter.

—No te preocupes, yo también he entrado ocupado luchando en el oeste, aunque desde hace tiempo los shel-hut no están interesados en esa zona de la isla.

—Mejor.

—Bueno, ahora que nos hemos vuelto a encontrar es hora de recuperar el tiempo perdido.

—Cuando quieras.

—Veo que no has cambiado, me alegro. Y ahora ¿hacia dónde te diriges si se puede saber?

—A ver al Regente, tengo que informarle sobre todo lo ocurrido, valorar la situación y darle una desagradable noticia.

Al decir esto Skelendor agachó la cabeza y su semblante se tornó triste.

—Qué te ha pasado?

—Kambell murió ayer en plena batalla contra un enemigo correoso y difícil.

—Lo siento mucho, sé la amistad que os unía, ¿quieres que hablemos sobre ello?

—No, en otro momento ahora tengo una importante misión.

…..

La mujer le acompañó hasta la entrada del palacio y se despidió de él. Ya en el interior penetró en una sala con varias mesas largas y al fondo un hombre se encontraba sentado acompañado de otras dos personas.

El que estaba sentado en el centro, y tomó la palabra al verle, era de corta estatura, rechoncho, de pelo corto color castaño y escasa barba y a diferencia de los otros dos no llevaba armadura. Su nombre era Hagóretes y hacía siete años que era Regente.

—Ah eres tú, creía que volverías a Wellfronter ¿Dónde esta Kambell?

—¡Falleció ayer en combate!

—¿Por qué no se me ha informado que uno de mis mejores guerreros ha muerto?

—Estuve bastante ocupado con su entierro, la del resto de hombres muertos, la ceremonia y que los heridos recibieran asis-

tencia. Cuando iba a verte me dijeron que ya dormías y no te visitara hasta el día siguiente.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó un de los otros dos hombres de larga cabellera morrena, sin barba, de baja estatura y arrugas en la cara, mientras el tercero lucía una esplendida barba y cabello corto también de color negro. Ambos vestían un tabardo gris.

—El líder de nuestros enemigos acabó con él, pero no era un shel-hut.

—No, ¿entonces qué era?, ¡habla!

—Creo que un elfo oscuro, Hagórates. Tengo que regresar a Wrinor para estar seguro que es un elfo oscuro y estudiar cuáles son sus poderes.

—¡De eso nada!, la situación es crítica, han llegado a asaltar la capital, son más peligrosos que nunca, no puedo prescindir de soldados ahora.

— Pero…

—¡No hay pero que valga! Esa tierra está maldita. Regresa a Wellfronter, ese es tu sitio, allí debes seguir.

Las palabras del Regente molestaron al comandante, pero prefirió callarse. Sabía que despreciaba a los elfos como otros hombres que le eran fieles.

No había acabado de pensar en todo ello cuando un humano entró corriendo a la sala vestido con una armadura idéntica a la de los dos guerreros que acompañaban al regente, con una cota de malla que le cubría los brazos, el torso y por debajo de la cintura, así brazales de hierro y botas.

— ¿Porqué nos interrumpes?

— ¡Mi señor, Wellfronter ha caído en manos de los shel-hut!, acaban de llegar allí varios de los nuestros heridos.

La furia del mandamás no se hizo esperar

—¡Parece que te querían fuera de la ciudad!, ¡maldita sea, nunca estás donde se te necesita!

Dominando la rabia, cerrando el puño para no golpear al regente, el cual no mostraba en esos instantes ningún agradecimiento ni compasión, o lástima, por la muerte de Kambell, el comandante recodaba el juramento hecho de defensa de la ciudad. Una ciudad que nunca hubiera abandonado si hubiese sido atacada de nuevo.

Hagórates miró a Skelendor cuando uno de los humanos le susurró un comentario.

—¡Bah, no tiene sentido esto!, puedes retirarte, espera nuevas órdenes. Quizá te llame para recuperar la ciudad.

Skelindor inclinó la cabeza y se fue.

Ya fuera de la estancia, con una ligera calma en su semblante, se topó con un elfo rubio vestido con una armadura similar a la suya, cuyo nombre era Aelkium, al cual conocía de Wrinor y al que se habló en su idioma recordando que era uno de los elfos de más alta jerarquía y uno de los responsables del ataque al monte Runor.

—No esperaba verte aquí, ¿Cómo que no estás en Wrinor?

—Llevas demasiado tiempo en Wellindor, los humanos te tienen atrapado, solo estás con ellos, me siento decepcionado —le comentó jocoso.

—No te había visto, es verdad, estoy combatiendo siempre en uno u otro lado.